



Urgencia rosa

La escuela, la beca, la tesis, Butler, Amorós y, de repente, Ruth y un “pedido con cierta urgencia”. “Están muy mal, la hija desesperada, dice que quiere quitarse la vida, tiene 21 años, cursa derecho”, nos dice. Y así, de un momento a otro, toda esa lista anterior parece que ya poco importa. Se acuerda el encuentro al día siguiente en la plaza del centro. Hay una catedral en frente, sonreímos.

Llega la madre, viene de la escuela, tarde por una mamá que olvidó buscar a su niño, nos abraza fuerte, nos sentamos y comienza a hablar. Nos mira pero está como ausente, su hija no vendrá, pensó que no era necesario. Habla, pero no escucha. Se pierde, mira su celular ya sin batería, no puede comunicarse con su hija. Vuelve su mirada al vacío y sigue el relato. “Me vine para alejarla de él, vende droga y es peligroso”, declara. “En las vacaciones se encontraron y ella quedó embarazada. Al principio ella quería tenerlo, pero él ahora la engaña con su mejor amiga y la maltrata por teléfono. No quiere seguir, no lo quiere tener. Me dijo que no la buscara si un día llegaba y ella no estaba.” Vuelve a insistir con el teléfono que ya se apagó. “Una conocida a la que le conté me dio el número de este médico.” Un médico que las estafó y maltrató, farmacias que se negaron a venderles la medicación aun con receta, 4500 pesos de un sueldo de maestra de grado perdidos, completan esta parte del relato.

Logra mirarnos de nuevo y continua sin hacer mucho caso a nuestros intentos por calmarla. “Hoy la vi estudiando de nuevo; después de hablar con Ruth se tranquilizó, la puse en altavoz para que ella la escuchara.” Pensamos en esta frase como uno de los finales a los que los socorristos nos tienen felizmente acostumbradas, pero no, ellas dirían mucho más.

“Yo fui violada. Tengo otro hijo que dejé en Tucumán producto de esa violación.” Ahora nosotras nos miramos, bajamos la cabeza. “¿Qué decimos ahora?”, pensamos. No importa, ella sigue relatándonos su vida aquí en el Valle.

De pronto entendemos, o confirmamos, el porqué de esas miradas al vacío, los lapsus, la no respuesta y esa sonrisa estampada en un rostro que solo nos devuelve tristeza y cansancio: otros medicamentos sí se consiguen fácilmente en cualquier farmacia.

Acordamos otro encuentro donde estemos las cuatro, en otra plaza, será casi de noche. Mi compañera corre a entregar los papeles para su beca, hoy último plazo, yo a terminar otro capítulo de de Beauvoir, el seminario es en dos días. Nos encontramos y es la hija quien ahora nos vuelve a contar la historia. Se la ve bien. Comenzamos con el taller y así llegamos a la pregunta: “¿sufriste alguna vez violencia sexista?” “No”, dice ella. La madre la mira y algo le dice. Entonces parece recordar. “Me quisieron violar más de una vez. En una me ayudó a escapar un amigo, pero me golpearon tanto que terminé en el hospital, estaba desfigurada”, nos cuenta.

- ¿Hiciste la denuncia?
- Sí, pero nunca los encontraron.

Nunca los encontraron como quizás nunca encontraron al que violó a su madre y como quizás nunca puedan encontrar la forma de denunciar al médico que las estafó.

- Volvemos y hablamos de las lecturas.
- Estoy leyendo *Revolución en punto cero*, ¡está re bueno!
- Yo después de Klein y Butler estoy algo perdida.

Nos reímos. Y sí, es más fácil hablar de teoría cuando la realidad socorrista nos atraviesa de dolor el cuerpo. Pero debe haber algo más que eso. En esas lecturas también buscamos una respuesta, una explicación a esta misoginia generalizada y es entonces cuando apuramos las líneas tratando de encontrar la clave para ganarle esta lucha al patriarcado. Hoy, tal vez, le devolvimos el golpe.

Guille Peralta y Vivi Fonseca,
Colectiva Feminista La Revuelta
Neuquén, primavera de 2015.

Relatos de Feministas Socorristas Aborteras

Socorristas en Red: Somos activistas feministas que acompañamos a mujeres que deciden abortar.

4
Octubre 2017

Aborto despenalizado, aborto legal, aborto libre, aborto feminista

Cuando una mujer toma la decisión de abortar, cuando esa íntima voluntad está clara, nada la va a hacer cambiar de opinión.

Ni siquiera la ilegalidad que es una manera de aislarnos, de atemorizarnos, de poner en riesgo nuestras vidas.

Pero el aborto con medicamentos es una práctica segura cuando sabes cómo hacerlo y no estás sola.

Las Socorristas en Red (feministas que abortamos) lo sabemos y por eso nos organizamos, lo aprendimos de las mujeres que nos inspiraron y de la experiencia acumulada desde 2012, cuando nos fundamos para acompañar a otras en el momento delicado de abortar, para ofrecer escucha, información segura y vínculos con consultorios amigables.

Para ofrecer cobijo contra la intemperie que significa que la ley patriarcal diga que no podemos decidir sobre nuestros cuerpos.

Somos alrededor de doscientas feministas de diversas edades, la mayoría muy jóvenes que activamos en distintas geografías de nuestro país, desde la Patagonia hasta el Norte, en Cuyo, en el Centro, en la Mesopotamia.

Nuestros saberes surgen del diálogo y la acción entre generaciones, de cada aborto que acompañamos, de valorar la particularidad de la experiencia singular y de la potencia que significa ponerlas en común: acompañar es estar acompañada.

Nos llamamos Socorristas porque nos reconocemos en los Socorros Rosas que ofrecieron las feministas en Italia, y de servicios de aborto que se brindaron en Estados Unidos y en Francia, en las décadas del 60 y el 70.

Tejemos una red que se anuda entre todas, con hilos de cuidados feministas, entre el acompañamiento y lo que comparten las miles de mujeres que año a año atraviesan la experiencia de abortar sabiendo que no están solas.

Hay cuarenta y dos grupos de Socorristas en Argentina. Y más allá de las fronteras, a lo largo de América Latina y el Caribe, tendemos lazos con otras feministas comprometidas en la misma tarea. Todos los números y formas de contacto están en nuestra página web; podés llamar, te vamos a atender: www.socorristasenred.org Porque así ponemos en práctica el feminismo: transformando la vida concreta de quienes necesitan abortar ahora mismo y reclamando aborto despenalizado, legal, libre y feminista. Abortar es un duelo pero también un acto de libertad. El socorristismo te sostiene en tu decisión. ¡No estamos solas, nos tenemos entre nosotras!

Argentina – Octubre 2017

Esta publicación es posible por el aporte de Fondo Global de Mujeres



Socorristas en Red
(feministas que abortamos)
www.socorristasenred.org

4

Relatos de Feministas Socorristas Aborteras

El encuentro fue uno de los primeros grupales, éramos tres mujeres embarazadas con distintas situaciones personales, edades, distintas motivaciones para abortar y tres socorristas con distintas expectativas, certezas y dudas.

Mar permanecía callada, corporalmente callada, obligadamente callada... Llegó con su pareja quién ya desde el teléfono había sido una presencia fuerte. Él, un hombre grande físicamente, de voz y convicciones firmes había hecho "todo lo necesario" para llegar hasta nosotras, o quienes fueran... su objetivo era interrumpir ese embarazo que provocó la "incomodidad de usar forros", vestía con ropa deportiva de boca junior, era inquieto avasallador y no paraba de mirar el celular. Sin embargo una de las cosas que habíamos aprendido y teníamos claro como grupal era (y es) que la escucha en ese espacio es para las mujeres, donde nuestras vivencias tienen valor y prioridad.

Así, la pregunta que surgió era de cómo y por qué habían tomado la decisión, Mar dejó salir su angustia, algunas lágrimas de sus ojos y con la voz quebrada sostuvo que no quería, pero debía hacerlo... el silencio lo cortó la más joven de las socorridas: *siempre supe que si me quedaba embarazada iba a abortar, ¿no es cierto?* Increpó a su pareja... él asintió con la cabeza. *Yo no quiero ser madre y sé que tengo derecho a decidir-*; su convicción nos dejó a todas pensando, y a algunas con una sonrisa dibujada... ¿Y vos? Le preguntamos a la que faltaba, que se fregaba las manos temblorosas y con voz casi imperceptible explicó: *tengo que hacerlo, ahora no puedo...*

Mar observaba mucho y participaba poco... dejaba entrever que ella realmente no podía materner nuevamente, *pero el aborto libre, libre... no sé*, decía. Su acompañante que había escuchado poco y hablado mucho recibió un llamado MUY importante y se retiró.

La charla fue por diferentes rumbos, y a Mar (a partir de la ausencia) se le notaba otro temple. Hablábamos de cómo la responsabilidad del "cuidarse" se deposita en nosotras, *fue mi culpa*, dijo alguna, a lo que nos preguntamos: *y él, ¿no podía ponerse un forro?* De a poco el planteo las increpó a ellas, las mujeres adultas que tienen "claras" sus relaciones se daban cuenta que también se estaban "haciendo cargo de eso" y que si había un olvido, un descuido, un cambio de método... era su culpa y sus parejas no hacían nada para cambiar esa idea, más bien todo lo contrario.

Mar soltó sus broncas, se desató la culpa y habló, contó cómo su pareja (que en realidad

era su ex) la violentaba con su constante abandono, descuido, su casi nula participación en la crianza de los tres niños que tenían en común... de cómo él aparecía alguna vez al mes y "le regalaba una tarde libre" llevándolos al cine y a comer... Pero después- reflexionaba Mar- *¡toda la semana están conmigo! y yo me hago cargo de sus hijos. Es que él está iniciando otra relación en Neuquén y necesita su tiempo.* Su voz se transformaba, su postura corporal había tomado presencia y su sonrisa resplandecía en la sala... otra era ella, muy diferente a la que habíamos visto llegar. En un momento comenzó a agradecer a la más joven y le expresaba su admiración: *Cuando vos dijiste, ¡lo quiero abortar! tan decidida, a mí me re impactó, pero tenés razón es así, somos nosotras las que debemos decidir.* Mar era otra, yo era otra, todas habíamos entendido la riqueza de compartir historias, miedos, dudas, experiencias...

Obviamente el taller se extendió porque Mar no paraba de mirarse y encontrarse. Luego de completar la protocolo partió decidida a interrumpir ese embarazo convencida y

empoderada. En ese momento me contó que él (su ex) vendría el finde, se llevaría sus hijos y los traería el domingo a la noche, para que ella pudiera estar tranquila... *Bueno- agregó- también a veces tiene esas cosas, ¿viste?* Se fue.

El finde llegó, el tipo no. Ella lo hizo igual, no dolió tanto como el sentir que: *Ya ni eso, ¿viste?*, la intento tranquilizar: *Bueno pensalo así, abortaste por dos...* Pero del otro lado del teléfono hubo silencio... *¡No!* -respondió y reconoció: *Es que me siento culpable...* frase que quedó resonando en mi cabeza hasta que ella volvió a la efusividad y agradeció y pidió que nos volváramos a juntar y a encontrar: *sólo a charlar un día, en algún café...* *¡es tan lindo lo que hacen!* agregó... risas y charlas fueron ese momento, momento de expulsión(nes) y entender que así iba a ser mejor, así estaba siendo mejor...

El tiempo pasó, el momento del control post llegó, mando mensaje... nada... otro al otro día y nada... llamo y nada... dejó pasar unos días, los últimos mensajes suponían que todo estaría bien, mis compañeras habían

resuelto todo, preguntaban por Mar y yo respondía... nada. A la semana reintento... nada. Un mes después me llega un mensaje: *todavía sangro y mucho.* La llamo le digo que YA vaya a la guardia, o a sacar turno o algo pero que lo tiene que resolver, se asusta, quizá fue que yo le transmití ese sentimiento, no sé, pero realmente estaba yo preocupada porque su sangrado nunca había cesado y era abundante.

Es por mi culpa... dice, ¿por qué lo hice? Si yo no quería... Hablamos largo. Lloró, contó que él no apareció nunca más, ni a ver a los chicos. En esa charla definimos que iría a control. Pero le pesaba y parecía que de alguna forma debía "pagar". No fue hacerse ver, la llamé al otro día y no me contestó más, hasta que a los 4 ó 5 días por la noche, llamó angustiada: *me duele, tengo fiebre y sigo sangrando...* *¡Por favor!*, le pido, andá *la guardia, pero andá ya. Arreglá como puedas y andá, es ya...* Tengo que ir a trabajar, es que la médica que me dijiste no me atendió y... Reproches temerosos comenzaron a salir. Mis temores también, y ¿si le pasaba algo? ¿Y por qué no soy más firme?

¿Por qué no la puedo convencer? ¿Por qué no entiende el peligro, la preocupación? Pero claro, es fácil ver en la otra las contradicciones, yo también sentía culpa, miedo, y tampoco voy a lxs médicos hasta no dar más... pude correrme del lugar de la culpa, pude salirme del lugar de la superación, pude decir sinceramente: *Mar yo estoy preocupada pero es tu decisión también estar bien, la misma que tomaste cuando abortaste.*

La charla con mis compañeras reforzaban mi última reflexión, entendimos que son esos tiempos, los de otra, que no somos nosotras, que es una diferente vida, una diferente persona. Y que no, no se iba a limpiar la culpa en una charla, pero ya la estaba haciendo carne, duda, presente. No iba a hacer un cambio rotundo en un encuentro, pero sé que la semilla de la duda estaba, que se alimenta cada vez que toma una decisión por ella... Y si no, lo intentaré(mos) de nuevo y más, con ella y conmigo misma, con nosotras.

Fue a la guardia al otro día, quedó internada. Diagnóstico: anemia. Estuvo en la clínica una semana, había perdido mucha sangre, seguimos en contacto y otra vez el cambio: *el médico me dijo que yo debía cuidarme, le conté lo del aborto, ya está, tuve miedo, pero ya está...* Gracias, me dijo, gracias a todas... agregó.

Fer, Maleducadas Kisulelaiñ.
Fiske Menuco, diciembre de 2016

Mar: tempestades y naufragio

